



S. JACINTO, C.
DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

el juego, y todo lo que se ahorró de gastos superfluos y excusados. Por lo menos, no se pase el dia sin que hagas alguna limosna extraordinaria en honra de la Madre de Dios, y sin que visites la iglesia donde es hoy mas solemne y mas singularmente reverenciada.

DIA DIEZ Y SEIS

SAN JACINTO, DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

San Jacinto, uno de los mayores ornamentos del orden de Predicadores, hijo de hábito del mismo patriarca santo Domingo, y criado á su misma mano, fué polaco, de la antigua casa de los condes de Oldrovans, la cual dió al reino de Polonia muchos grandes oficiales. Su bisabuelo Saultz de Oldrovans derrotó muchas veces á los Tártaros; y su abuelo, que tenia el mismo nombre, se señaló por sus hazañas contra los enemigos del estado. Llamóse Saultz de Konski, por haber heredado el condado de este nombre. Dejó dos hijos; el primogénito llamado Eustaquio, conde de Konski, fué padre de nuestro santo; y el menor por nombre Yvo, fué obispo de Cracovia.

Nació san Jacinto en el año 1183 en el castillo de Saxe, diócesis de Breslau en la Silesia. Criaronle con mucho cuidado; pero dejó poco que hacer á la educacion el bello natural con que habia nacido. Su genial apacibilidad, la docilidad de su genio y de su razon. su modestia, y sobre todo, la inclinacion á la virtud que se admiró en él casi desde la cuna, fueron presagios ciertos de su futura eminente santidad. Eran sus padres unos señores llenos de religion, y le

escogieron maestros que cuidasen de cultivar bien tan precioso terreno; de manera que, aplicándose á conservar la integridad de sus inocentes costumbres, tuvieron el consuelo de verle crecer cada dia en devocion y en madurez. Dió principio á sus estudios en el colegio de Cracovia, donde en breve tiempo se dejó admirar no menos su genio que su virtud; continuólos en Praga de Bohemia, haciéndose respetar mas por su sobresaliente mérito, que por su elevado nacimiento; y en fin, los fué á concluir en Bolonia de Italia, donde dió tantas pruebas de su profunda sabiduría, como de su eminente santidad. Acabados sus estudios, se restituyó á Polonia con la misma inocencia que habia llevado á todas aquellas universidades.

Prendado su tio Yvo de Konski, obispo de Cracovia, no menos de la brillantez de su ingenio, que de su virtud y de los progresos que habia hecho en el estudio cursando todas aquellas escuelas, reconoció desde luego que no habia el Señor prevenido tan anticipadamente á su querido sobrino con sus mas dulces bendiciones para dejarle en el mundo. El mismo Jacinto declaró sobradamente que no pensaba servir á otro dueño que á Dios. Resolvió abrazar el estado eclesiástico, aunque era el primogénito de su casa. Prendado el obispo de aquella resolucion, juzgó no podia hacer mayor servicio á su iglesia, que incorporar en ella á su sobrino. Proveyó en él una prebenda, y en breve tiempo admiraron los canónigos en él un gran modelo.

Fué su primer cuidado instruirse en las obligaciones del estado que habia escogido. Comprendió que el empleo de canónigo no era un mero título como de beneficio simple, que solamente obligase á cantar el oficio divino; consideró que los canónigos no solo se llaman así por la renta que gozan, y se llamaba antiguamente *canon*, que significa prebenda, sino

porque particularmente hacen profesion de vivir segun los cánones ó las reglas bajo las cuales fueron instituidos los cabildos. Estudió estas reglas, observólas con suma puntualidad, y en poco tiempo reformo su ejemplo todo aquel ilustre cuerpo.

Prendado mas y mas cada dia el obispo de la eminente virtud y de los raros talentos de su sobrino, quiso darle alguna parte en la administracion del obispado. En todas las comisiones que le encargó, mostró Jacinto mucha comprension, mucha sabiduría y mucha prudencia; pero ninguna de estas ocupaciones extraordinarias le estorbaba la continua asistencia á los divinos oficios, en los cuales á todos era ejemplo de recogimiento, compostura y modestia. Movido del amor que profesaba á los pobres, concurría muchas veces á servirlos en los hospitales. Ninguna necesidad de familia honrada y vergonzante se escapaba á su caridad; consumía todas sus rentas en limosnas, reduciéndose él mismo á la pobreza que procuraba disminuir, ó á lo menos suavizar en los otros.

Igualaban á los de su caridad los ejercicios de la penitencia. Era su vida un perpetuo ayuno; las maceraciones de su carne ponian horror á los mas fervorosos penitentes, y no se pasaba dia sin que inventase alguna nueva para añadirla á las penitencias ordinarias. El tierno amor que profesaba á Jesucristo, y era la fuente de todas las demás grandes virtudes, se manifestaba sobre todo en el altar. Su modestia y su respeto hacia á todos sensible su fe, y sus lagrimas daban testimonio de su afectuosa devocion. Pero entre todas las virtudes de Jacinto la que parecia mas sobresaliente, y que caracterizaba mas, era su ternura con la santísima Virgen. Se puede decir que nació con esta señal de predestinacion, la cual se distinguió en él por todo el curso de su vida. Cuando estaba aun en

la cuna, solo con ponerle delante una imagen de la Virgen saltaba de alegría. No se duda que aquella gran pureza de costumbres, aquella tan rara inocencia que le acompañó inviolablemente en todas las edades y en todos los estados hasta su santa muerte fué efecto de la singular proteccion de la Madre de Dios, de quien siempre fué favorecido, y de cuyo culto fué toda la vida el mas zeloso predicador.

Vióse precisado el obispo de Cracovia á pasar á Roma en defensa de los derechos de su iglesia, y quiso que Jacinto le acompañase en aquella jornada para valerse de sus consejos y de sus alcances superiores. Pero eran otros los intentos de Dios. Acababa de obtener de los papas Inocencio III y Honorio III la aprobacion y la confirmacion de su orden el patriarca santo Domingo, tan conocido ya á la sazón en toda Europa por la fama de sus milagros y de su predicacion contra los albigenses. Movidos el obispo y el sobrino de las maravillas que el nuevo instituto hacia en toda Italia y en otras partes, entraron en deseos de que la Polonia participase de las grandes utilidades que procuraba á la Iglesia el santo fundador. Pidiéronle algunos hijos para que fundasen en su país conventos de su orden. Hallóse imposibilitado santo Domingo á satisfacer sus piadosos deseos, por haber enviado todos los operarios que tenia á diferentes provincias, de donde se los habian pedido; pero todo lo suplió lo mucho que podia con Dios. Suplicóle fervorosamente le diese nuevos hijos que pudiese enviar á Polonia. Oyóle el Señor, y en el mismo día vinieron tres ó cuatro familiares del obispo de Cracovia á echarse á los piés del santo patriarca, y á pedirle el hábito de su orden. Recibiélos, pero el cielo le tenia destinado otro discípulo mas ilustre.

Noticioso Jacinto de la vocacion de los tres polacos, se sintió movido á seguirlos, y untándose a esto su

inclinacion á la vida penitente y retirada, resolvió imitar el ejemplo que envidiaba. Descubrió en confianza su intento á un caballero polaco primo suyo, llamado Ceslao, y en lugar de un mero confidente, encontró en él un compañero. A este siguieron el mismo dia otros dos que eran amigos de entrambos, Hermano y Henrique, gentileshombres alemanes muy adheridos á Jacinto. Todos cuatro se presentaron á santo Domingo, que luego los recibió como un precioso don con que el Señor queria enriquecer su orden. Tenia ya muy conocido el santo patriarca el extraordinario mérito de nuestro santo, por lo que se aplicó con particular cuidado á cultivar aquel fertilísimo terreno, y á breves dias hizo del novicio uno de sus mas perfectos discípulos. No se puede explicar el fervor, el desasimiento y el olvido de todas las cosas con que entró nuestro santo en tan gloriosa carrera, ni el valor con que la continuó. Seis meses estuvo bajo la disciplina del santo fundador, que, viéndole ya elevado á la cumbre de una virtud á que los mas perfectos están aspirando toda la vida, juzgó debia pedir al papa dispensa para abreviar el tiempo de su noviciado. Consiguióla para él y para los otros tres compañeros suyos, que todos hicieron la profesion á los seis meses de novicios. Tenia Jacinto treinta, y cinco años, y habia tomado tan perfectamente el espíritu de su fundador, que ya desde entonces se halló capaz de fundar por sí mismo casas de la orden.

Despues de haberle confirmado santo Domingo en todos los buenos pensamientos que el Señor le habia inspirado, y habiéndole instruido en el arte de predicar cristianamente, y de trabajar á un mismo tiempo en su propia santificacion y en la de otros, le presentó juntamente con sus compañeros á su tío el obispo de Cracovia, que se volvia á su país, y nombró á Jacinto por superior de la mision de Polonia, infundiéndole

su espíritu y comunicándole también su mismo don de milagros. Partieron todos siete en compañía del obispo; pero como habían resuelto hacer el viaje á pie y mendigando, á imitación de los apóstoles, se separaron luego de él, y tomaron el camino por Venecia y por la Carintia. Predicaban en los lugares donde se detenían, y siempre con mucho fruto, conociendo luego los pueblos que el nuevo instituto se componía todo de varones apostólicos. Llegando á Friesach, ciudad de la Carintia, predicó en ella san Jacinto con fruto tan copioso, y derramó el cielo tantas bendiciones sobre sus apostólicos trabajos, que los habitantes resolvieron detenerle. Fundó en aquella ciudad un convento de su orden, y se detuvo en ella seis meses para instruir y formar los novicios que se presentaban, y no fué posible que los ciudadanos le dejasen proseguir al término de su misión, hasta que les dejó á fray Hermano, uno de sus discípulos.

Cuando llegó á Polonia, son inexplicables las demostraciones de alegría y de veneración con que fué recibido. En todas partes le salía á recibir el clero, la nobleza y el estado llano, conduciéndole en todas como en triunfo. Rendíanse estos honores, no tanto á su nacimiento como á su virtud. En él todo predicaba; su modestia, su exterior humilde y mortificado, y todos sus modales, todo concurría á granjearle la confianza y la veneración de los pueblos. Llegó á Cracovia, y no solo fué recibido de su tío el obispo y del clero, sino también de la nobleza y del pueblo como un enviado del cielo. Apenas subió al púlpito cuando se vió desterrado el vicio, la profanidad y la disolución. Bastaba verle para moverse á compunción; bastaba oírle para convertirse; no bien dió principio á las funciones de su ministerio cuando mudó de semblante toda la ciudad. Facilitáronle fondos para fundar un suntuoso convento. Cediéronle la

magnífica iglesia de la Trinidad, que era la principal después de la catedral. Muy en breve se vió fundado un espacioso convento, y lleno de un prodigioso número de santos religiosos, formados de su mano y animados de su espíritu, que llevaron á todo el reino las luces de la fe y la reformation de las costumbres. Asombra verdaderamente el número de las admirables conversiones que hizo, y fué su convento el asilo de la inocencia y de la mortificación. Mudóse el semblante de toda la diócesis por el zelo de aquel nuevo apóstol, que resucitó en toda ella el espíritu de la oración, de la caridad y el uso de las abstinencias que se practicaban en los primeros siglos de la Iglesia.

No era fácil resistir ó á la fuerza de sus palabras, ó á la eficacia de sus ejemplos. Su abstinencia era continua. Además de los ayunos que prescribían las constituciones de la orden, ayunaba á pan y agua los viernes y todas las vísperas de fiesta. Pasaba en oración la mayor parte de la noche delante del Santísimo Sacramento, y el poco sueño que tomaba era sobre la desnuda tierra. Todos los días añadía alguna penitencia de nueva invención á las ordinarias. Por las noches despedazaba su cuerpo con una áspera disciplina, y en todos tiempos maceraba su inocente carne. No había instante ocioso en toda la economía de su vida: ó predicaba, ó confesaba, ó visitaba los enfermos, ú oraba. Aunque era universal su devoción, no dejaba de mostrarla muy particular al Santísimo Sacramento del altar, y á la santísima Virgen, de quien recibía grandes favores. Nada emprendía que primero no lo ofreciese á Dios delante del Sacramento, implorando con una oración particular la protección de la santísima Virgen. En todos sus discursos había de entrar la devoción de esta Señora; promovía su culto por cuantos medios podía imaginar. Favorecióle con muchas gracias esta Madre de misericordia, derra-

mándolas abundantemente sobre aquel su amado favorecido. Estando en oracion delante de su altar la vigilia de la Asuncion, y contemplando las maravillas de este misterio, se le apareció rodeada de un gran resplandor; y manifestándole lo gratas que le eran sus oraciones, le dijo: *Está seguro, hijo mio, de que conseguirás de mi amado Hijo todo lo que le pidieres por mi intercesion.*

Despues de haber trabajado con tan feliz suceso en el obispado de Cracovia y en el territorio de su comarca, extendió su zelo á las provincias vecinas, y desde ellas alargó presto su mision á los países extranjeros. Envió á Bohemia con algunos compañeros al bienaventurado Ceslao, los cuales, llenos todos de su espíritu, hicieron grande fruto. Tomó consigo nuestro santo nuevos operarios, y se entró con ellos á intentar semejantes expediciones en el corazon del Norte, donde habia muchos pueblos ó cismáticos y herejes, ó idólatras y sin religion; y por consiguiente abundante campo para hacer conquistas al reino de Jesucristo. Hizolas; no bien se dejó ver Jacinto en aquellas naciones cuando todos abrieron los ojos á las luces de la fe, y entraron en el gremio de la Iglesia. Los conventos de su orden que fundó en Pomerania, en la Prusia y en las costas del mar Báltico, como fueron los de Camyn, Premislia, Culm, Koenigsberg, Elbing, la península de Gedan, donde se edificó despues la célebre ciudad de Dantzick, fueron las mejores pruebas del fruto de sus trabajos, y otros tantos seminarios de hombres apostólicos. Creció su zelo á vista de tan felices sucesos, y pasó á la Livonia, á Suecia, á Dinamarca, á la Noruega, penetrando hasta la Escocia. Desde allí dió la vuelta hácia el levante de Polonia; y predicando en la Rusia menor, reconcilió con la Iglesia romana al príncipe Daniel, que seguia el cisma de los Griegos. No hubo jamás con-

quistador que en tan breve tiempo corriese tantos países, ni rindiese tantas naciones, como este ilustre apóstol conquistó para Jesucristo. Pareciendo estrechos los límites de la Europa á su apostólico zelo, corrió hasta las márgenes del mar Negro, entrando en las islas del Archipiélago sobre las costas del Asia, y en todas partes confundió el error, disipó el cisma, destruyó la idolatria, convirtió mahometanos, haciendo triunfar en ellas la fe y la Iglesia del Señor. Volviendo despues á subir hácia el Norte, entró en la gran Rusia, ó en la Rusia mayor, es decir, en Moscovia. Fácil es discurrir cuánto tendria nuestro santo que padecer en todas estas expediciones, tratando con pueblos bárbaros, á quienes le era tan preciso domesticar como convertir. Residió por mucho tiempo en la gran ciudad de Kiovia, capital de una y otra Rusia. Era abundante la miés, y trabajó en ella con tanto zelo, que le mereció nuevas bendiciones á sus grandes y apostólicas fatigas.

A la verdad, aunque fuese grande la fuerza de sus palabras y mayor la de sus ejemplos en una vida tan santa, nada hubiera bastado, ó ni las unas ni las otras serian tan eficaces si Dios no las hubiese acompañado y sostenido con la virtud de los milagros. Hizolos tan grandes y en tanto número, que con razon se le puede llamar el Taumaturgo de su siglo. Habíanle fundado en Kiovia un hermosísimo convento y una magnífica iglesia. Sitiaron los Tártaros la ciudad, tomáronla por asalto y entraron en ella á sangre y fuego. Acababa el santo de decir misa cuando tuvo esta triste noticia; tomó el Sacramento en las manos, y mandó á todos los religiosos que le siguiesen; pasaba por delante de una estatua de alabastro de la santísima Virgen, delante de la cual solia hacer oracion, y oyó una milagrosa voz que le dijo: *¿Pues qué, hijo mio Jacinto, aquí me dejas á merced de los bárbaros? Deshaciéndose*

en lágrimas, el santo respondió: *Señora y madre mía, ¿cómo podré yo llevar una imagen de tanto peso?* A que respondió la imagen: *Haz la prueba, y verás que no es superior á tus fuerzas.* Tomó entonces el santo la corpulenta imagen, la que se hizo tan lijera, que la llevó en una sola mano, y saliendo por la puerta de que todavía no se habían apoderado los Tártaros, tomó el camino de Cracovia.

Siguióse inmediatamente al primer milagro otro no inferior. Llegando con aquella preciosa carga á la orilla de un caudaloso rio, se halló sin puente y sin barca para pasarle. Lleno entonces de confianza en el poder de aquel Señor que llevaba en sus manos, y en la protección de la soberana Reina, cuya imagen conducía, comenzó á caminar á pié enjuto sobre las aguas, y mandó á sus religiosos que le siguiesen. Este insigne milagro se refiere en la bula de su canonización; pero no fué solo. Iba un dia á predicar á Wisgrade, ciudad situada á las riberas de un profundo rio, y no encontrando barca para atravesarle, tendió su manto sobre las aguas, y pasó al otro lado. Resucitó en vida dos muertos y obró tantas maravillas, que la misma bula de su canonización cuenta hasta mil y doscientas.

Después de cuarenta años de trabajos apostólicos, acompañados de tan prodigiosos sucesos, le reveló el cielo el dia de su muerte, para la cual se habia preparado toda la vida; y supo que habia de asistir en el cielo al triunfo de la Virgen el dia de su gloriosa Asunción. Cayó malo en el de las Nieves; y la vigilia de la Asunción, habiendo exhortado á sus religiosos al desasimiento de todas las cosas, á la exacta observancia de su santo instituto y á la devoción con la santísima Virgen, se dispuso con nuevo fervor para celebrar la fiesta. Asistió el dia siguiente á los divinos oficios; y habiendo recibido todos los sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Señor el dia 15

de agosto, y fué á recibir en el cielo el gran premio levido á su inocencia y á sus merecimientos. Sucedió su muerte el año de 1257, á los 72 de su edad. El mismo Dios quiso dar testimonio á los hombres de la santidad de su siervo, y de la gloria con que la habia coronado, continuando después de su muerte la virtud de los milagros que le habia concedido en vida. Fué canonizado con la acostumbrada solemnidad por la Santidad de Clemente VIII el año de 1594, y el papa Urbano VIII fijó su fiesta el dia 16 de agosto. La reina de Francia doña Ana de Austria, madre de Luis el Grande, consiguió de Ladislao, rey de Polonia, un considerable hueso de las reliquias del santo, y fué el cráneo, que se colocó en la iglesia de los padres dominicos de la calle de san Honorato en Paris. El cuerpo del santo se venera en la magnífica capilla de Cracovia, que se edificó en honra suya.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cracovia en Polonia, san Jacinto, confesor, del orden de Predicadores, puesto en el número de los santos por el papa Clemente VIII.

En Roma, san Tito, diácono, que, por distribuir dinero á los pobres durante la ocupación de los Godos, fué sentenciado á muerte por un tribuno de aquellos bárbaros.

En Nicea en Bitinia, san Diomedes, médico, que, en la persecución de Diocleciano, acabó su martirio recibiendo la muerte de los filos de la cuchilla por la fe de Jesucristo.

En la misma ciudad, treinta y tres santos mártires.

En Ferentino en la campiña de Roma, san Ambrosio, centurion, el cual, en la persecución de Diocleciano, fué atormentado de muchos modos, y expuesto al fin á los ardores del fuego, pero sin recibir la me

nor lesion. Precipitáronle en las aguas, de donde pasó á la morada de los celestiales refrigerios.

En Milan, la muerte de san Simpliciano, obispo, celebrado por san Ambrosio y san Agustin.

En Auxerre, san Eleuterio, obispo.

En Nicomedia, san Arsacio, confesor, quien, habiendo abandonado, bajo el perseguidor Lezino, la profesion de las armas por abrazar la vida solitaria, resplandeció con tan grandes milagros, que se lee que lanzó á los demonios y mató con su oracion un enorme dragon. Luego, habiendo profetizado la ruina de su ciudad, murió estando en oracion.

En Roma, santa Serena, mujer que fué del emperador Diocleciano.

En este mismo dia, san Teodoto, obispo, venerado en Basilea.

En Bretaña cerca de Rennes, san Ermel, confesor, que pasó en Paris siete años en ejercicios continuos de piedad.

En Mompeller, la muerte de san Roque, confesor, quien, con sola la señal de la cruz, salvó á muchas ciudades de Italia de una enfermedad epidémica. En lo sucesivo, su cuerpo fué trasladado á Venecia.

En Dezize en el Nivernois, san Aré, obispo de Nevers, cuya firma en el quinto concilio de Orleans se ve con el nombre de Aregio, y con el de Aridio en el segundo de Paris.

En Remiremont en la Lorena, el tránsito de san Arnudo, obispo de Metz.

En este mismo dia, san Damiano de Antioquia, mártir.

En Inglaterra, san Dejo, confesor.

En Génova, santa Limbania, virgen chipriota, religiosa del monasterio de Santo Tomás.

En Nápoles, el hallazgo de las reliquias de san Nostrieno, obispo de aquella ciudad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Hyacinthi confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nos-
um...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Jacinto, concédenos que, cuando celebremos la nueva fiesta que recibió en el cielo, imitemos la que hizo mientras vivió en la tierra. Por nuestro Señor....

La epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VII, pág. 150.

NOTA.

« Muchos han juzgado que el libro llamado *el Eclesiástico* fué obra de Salomon, y por consiguiente señalan su origen en el reinado de este príncipe; pero esta opinion no se puede defender. Lo que hay de cierto en la materia es, que Jesus, hijo de Sirach, y verdadero autor de este libro, habia hecho mucho estudio en los libros sagrados, y muy particular en los de Salomon, de los cuales es uno como compendio el libro del Eclesiástico. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha.
¿Y quién será este dichoso? ¿quién se podrá lisonjear de haber conservado pura su inocencia, sin borron, sin sombra ni alteracion? ¿á qué alma, unida á este miserable cuerpo, no se atrevió la mancha del pecado? Aun entre aquellas que fueron santificadas por la gracia, ¿cuántas se encuentran que hubiesen mantenido intacta esta preciosa flor sin haberse marchitado? Solo se encuentra una entre las puras cria-

turas, que por privilegio especial fuese preservada de toda mancha; esta fué la santísima Virgen María en el immaculado misterio de su purísima Concepcion; mas santa en aquel primer instante que todos los santos juntos en el último momento de su vida; y aumentando su inocencia en todos los de la suya, bien lejos de echar en ella el mas minimo borron. Siendo amada hija del Eterno Padre, ¿cómo habia de estar ni un solo momento en su desgracia? Siendo madre querida del divino Verbo, ¿cómo habia de admitir en su alma ni aun el mas leve pecado? Siendo ella sola escogida entre todas las criaturas para esposa única del Espiritu Santo, ¿cómo no habia de ser toda hermosa y toda immaculada? *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Esto dice de la Virgen el mismo Espiritu Santo; y esto repite de ella muchas veces la santa Iglesia. Así como en virtud de la union que la humanidad contrajo con el Verbo exigia una gracia y una gloria infinita, es decir, la mayor que puede Dios comunicar á una criatura; á semejante modo la union que la Virgen contrajo con su Hijo por su divina maternidad, pedia tambien la mayor plenitud de gracia que pudiese Dios comunicar á una pura criatura, dice santo Tomás (1 p. q. 25, art. 6 ad. 4). Ciertamente parece que hubiera sido indigna de concebir al Verbo divino, dicen los padres, si su alma hubiera contraido la culpa original; pues aun la impuridad del cuerpo, aunque exenta de todo pecado, hubiera sido estorbo á esta divina concepcion. ¿Ni cómo cabe que dejase de preservarla de tan gran mal aquel mismo Dios, que, por examirla de otros, sin comparacion menos considerables, como de los dolores en el parto y de la corrupcion en el sepulcro, trastornó tantas veces todo el orden de la naturaleza? La primera mujer fué criada sin culpa original, y en el estado de la inocencia;

pues si María hubiese contraido aquella culpa, ¿cómo habia de ser bendita entre todas las mujeres? Por otra parte, la Reina de los ángeles no debia de ser inferior á aquellos espíritus celestiales. Finalmente, la infamia de la madre se refunde en el hijo; pues ¿cómo es creible que este Hijo todopoderoso permitiese que su querida Madre fuese confundida ni por un solo momento entre el inmenso tropel de los esclavos del demonio, habiendo sido criada para ser reina del cielo y de la tierra? Todas estas son razones de congruencia y de decencia; así es, pero ¿creemos posible que el Señor hiciese cosa menos decente? Eramuy decente, dice san Anselmo, que aquella á quien el Eterno Padre daba por hijo á su propio Hijo fuese tan pura, que, despues de la pureza de Dios, no se pudiese imaginar otra mayor que la suya: *Decens erat, ut ea puritate qua major sub Deo nequit intelligi, Virgo illa niteret* (Lib. de Concept. Virg. 18). Grande error es pensar que sin un corazon puro se pueda tener verdadera devocion, ni agradar á la santísima Virgen

El evangelio es aei cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia II, pág. 53.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PUNTO PRIMERO

Considera que, aunque no es posible que entre las personas dedicadas al servicio de la Virgen se hallen algunos indiscretos devotos, no es muy difícil encontrar en el mundo censores temerarios que tengan la impiedad de censurar esta santa devocion. A los impíos no les acomoda, y los herejes abiertamente la desacreditan.